

Nathalie Besse

Fuego soy, apartado y espada puesta lejos de Gioconda Belli: el poemario de la desilusión

Université de Strasbourg, Francia

nbesse@unistra.fr

Floto sobre la vida donde otrora me sumergiera
descreída quizás, de regreso de las ilusiones
o simplemente sabia al fin,
conocedora de los límites de todo
sin tristeza pero sí rabia y dolor
ante la creciente acechanza de la muerte
Gioconda Belli, "Tan lejano el amor"

¿Quién hubiese creído, al leer *Línea de fuego* (1978), que Gioconda Belli, mujer ardiente y revolucionaria que irrumpe en las letras nicaragüenses durante la década explosiva de los sesenta, escribiría unos treinta años después *Fuego soy, apartado y espada puesta lejos*? Ciertamente es que este poemario, galardonado con el vigésimo octavo Premio Ciudad de Melilla 2006, se presenta en la prolongación de *Apogeo* (1997) y *Mi íntima multitud* (2003) escritos durante la madurez y por consiguiente menos apasionados que los primeros textos, más matizados. Pero no por ello sorprende menos la nueva tonalidad de esos poemas de la desilusión donde la poeta se refiere muchas veces a su propia muerte, como a la del amor y de los sueños. Sin embargo, veremos que, fiel a su fortaleza de carácter, Gioconda Belli procura ser –a falta de permanecer–, procura existir-resistir ante la muerte, y mantener la luz ante la certeza de la oscuridad.

“Sólo sé que no sé nada” ante la acechanza de la muerte

Llegada al otoño inexorable de su vida, una Gioconda Belli “socrática”, que parece saber que no sabe nada, se plantea cuestiones ontológicas. Esa mujer poeta que interroga su cuerpo y su conciencia, y ante el espejo se pregunta “quién soy” (43), indaga la existencia: “¿Qué es la realidad?”, “¿Qué es el tiempo?” (44 y 50) con un pronombre relativo que cuestiona el mismo fundamento de las cosas, reclama una definición esencial. Y con esa interrogación sobre el tiempo que nos da vida al mismo tiempo que nos la quita, ya no sólo pide un sentido definitorio sino *el* sentido existencial de todo eso, de ese ser fugaz, presa de la estrecha mano del tiempo ¿como sobrentendiendo que no tiene ningún sentido? “¿Cuál es el sentido de la vida?”, “¿Cuál es el significado del atardecer?” (105 y 72), interrogantes éstos puestos de relieve en el poema del que constituyen, la mayoría de las veces, el primer o el último verso cuando no lo enmarcan o no se repiten dentro del mismo fragmento.

Advertimos el desfase entre esta mujer llena de preguntas, que por tanto establece una distancia con la realidad, y la que, más joven, era “llena de gozo”, es decir que al contrario disfrutaba del placer del instante (*Amor* 40). El entusiasmo ha dejado lugar a la perplejidad como lo ilustran los numerosos signos de interrogación en este conjunto de poemas, a menudo asociados con las no menos numerosas pérdidas de la vida: las metáforas de “Pérdidas”, que consta de seis versos para cinco preguntas, son significativas: “¿Qué sombra / ¿qué árbol” poetizan la identidad, equivalen a “qué ser”; “¿qué parque / ¿qué sendero”, son a todas luces imágenes del espacio y del camino de vida; una vida metaforizada por las risas y los pasos pero que ahora huyen y se alejan a imagen de la misma existencia para siempre perdida. Y que hubiese podido ser una multitud de otras existencias como recuerda esta poeta cuya determinación innegable no habrá impedido dudas e indecisiones a la hora de elegir su destino: “Y me castigo / Mirando de reojo / lo que pudo ser” (27).

Gioconda Belli recuerda también lo que fue, y emprende la búsqueda del tiempo perdido, de una máquina del tiempo que la llevaría de nuevo a la época añorada de las nobles luchas y de las

utopías (70). Esta pasajera de lo efímero (77), que va discurriendo sobre lo fugitivo de todo, particularmente con la hija a punto de casarse y el padre cuya salud declina (68 y 72), reflexiona sobre el tiempo que, como un ladrón minucioso, “pasa sin hacer ruido y sin mover los objetos sobre las mesas” (101).

El poemario de esta Gioconda más vulnerable, sola frente a sí misma y su devenir cerrado, explora el campo semántico de la muerte, emboscada en un recoveco de la existencia. “Ante la creciente acechanza de la muerte” (21), la poeta lúcida es consciente de que habrá un tiempo sin mañana, un no ser –“mañana dejaré de ser” (11)–, que su cuerpo, “este recipiente / condenado al estropicio y al fin” (49) retornará al polvo terminando en cenizas. Si no conoce la fecha fatídica, sabe por lo menos adónde va, cabalgando: “al sitio donde nadie despierta” (50). “Cruz, oscuridad, vapor” (65 y 47), dispersión, disolución, y para siempre el olvido, evidencian la insostenible evanescencia del ser, dicen lo indecible de la nada.

Aunque la resignación nunca ha caracterizado a Gioconda Belli, no tendrá otro remedio que rendirse: “No [le] quedará más que aceptar / la inicua realidad” (50). La voluntad de hierro y el sentido de lucha propios de esta mujer indómita resultan ineficaces. Al respecto, observamos que semejante léxico mortífero delata explícitamente una inversión de poder en la medida en que la poeta deberá “reconocer que la edad [le] ha dado un golpe de estado” (64), que ya no va a reinar sino a claudicar, que ya nadie la va a temer. Pero esa impotencia no debe impedir que se viva plenamente, saboreando la existencia en vez de contentarse con rozarla, porque si todos los días uno muere un poco, hay días en que muere más que otros: cuando lleva una “vida a ras de la realidad” (51).

“Tan lejano el amor”

Esa muerte que lo va a llevar todo erosiona también el deseo y el amor. Edad, si no del desamor, por lo menos de otro desengaño con ese cuerpo, sustancia perecedora, que ya no tiene la lozanía de antes ni parece cobrar aquella dimensión política y revolucionaria que observaba Álvaro

Urtecho en su artículo “El humanismo erótico de Gioconda Belli”. Ya no se exalta tanto el cuerpo ni se celebra tanto la voluptuosidad como en otros tiempos cuando venía asociado con ese vitalismo feminista y con esa conciencia –subversiva en sí misma– de ser mujer que se asume como tal, de los que habla Daisy Zamora en *La mujer nicaragüense en la poesía*.

La poeta que, en *El Ojo de la Mujer*, daba muestras de una sensualidad asumida, amando a los hombres y cantándolos o sugiriendo pequeñas lecciones de erotismo y reglas del juego para hombres que quieran amar a “mujeres mujeres”, la que en *Apogeo* seguía presentándose como una mujer irredenta que no se arrepiente de nada, y que, entre invitaciones feministas, presentación del ideal masculino o receta de varón, osaba describir esa boca de mujer lamiendo el sexo del hombre, pues aquella Gioconda se ha convertido en una mujer menos candente, pero no por ello menos valiente o auténtica, con esa fuerza de decir su fragilidad, sus temores de mujer madura, sus duelos diarios. Bien lo ilustra esa confesión de una mujer antes acostumbrada a sentirse atractiva, y cuya “desnudez” o cuya humildad son otra forma de valentía: “De todas las pérdidas que empiezan / a los cuarenta, / la más dura de procesar para mí / ha sido ésta de no sentirme más / objeto del deseo.” (63).

Ya en *Mi íntima multitud*, que parece una transición entre los ardorosos poemas de la juventud y los desapasionados de hoy, se podía leer “Lo que amo y desamo” (41), ya hablaba también del “desinterés” del marido que no trata de luchar contra la rutina, ésa que ahora parece haberlos tragado, con ese hombre que ya no ve o no se siente conmovido por los versos de amor de su mujer (16) o que no la ama realmente como es, puesto que intenta limar sus imperfecciones (23). Ante esa incomunicación que amenaza con silenciar el sentimiento amoroso, la poeta procura “explicar[le] con otras palabras [sus] palabras” (16), inventar un nuevo idioma, multiplicar el lenguaje, enriquecerlo, como un conjuro frente al deterioro de la unión.

Ese alejamiento de los cónyuges, esa escisión o ese abismo que los “separa”, contrasta singularmente con aquellos poemas del pasado en los que predominaban la euforia y la eufonía – simétricamente opuestas a la tristeza y la incomprensión en el presente– con una aprehensión “androgínica” de la pareja en la que cada uno es el hemisferio que le falta al otro. Después de esa

sensación de completitud vence la dualidad, después de lo sagrado del acto amoroso vence la realidad, después del vértigo el decaimiento.

En esa vida que, como una centrifugadora, “toma el amor y lo tritura / igual que una de esas máquinas / que transforman vegetales en purés, picadillos y jugos” (12), la pasión sale estropeada: “me mirarán tus ojos de antes / los del amor” (14), ¿como si ahora ya no existiese?; “la resurrección de la carne / de lo que fuimos” (15) expresa la muerte del deseo y del matrimonio como lo indica explícitamente el verbo “ser” en pretérito indefinido. “Tan lejano el amor”, primer verso de un poema epónimo, admite esa deserción de lo que antes fueron “fogonazos”, “hoguera”, “revolcadas” (58) y es tanto más interesante cuanto que es el que contiene el título de todo el poemario: “Como la pastora Marcela / Fuego soy, apartado y espada puesta lejos” (21). La lejanía, imagen del pasado, hace del amor un recuerdo, ya no una realidad. Y de hecho, la poeta que escribe “Transmigraciones”, explica para gran desconcierto del lector que

la progresión de la tecnología me ha hecho transmigrar del amor al hombre al amor a la máquina. [...]
Ningún hombre ni antes ni después me ha tenido rendida como este pequeño artefacto que jamás huyo, al que busco como si pudiese darme consuelo, compañía y delicias más espeluznantes y sobrecogedoras que los efímeros orgasmos del cuerpo. (30).

El elogio de la tecnología no es inédito en los escritos de Gioconda Belli, pero después de escribir, en “La escritora de cara al milenio” (*Mi íntima* 22), que navegando por los vastos espacios interconectados, seguiría afirmando “sobre el teclado la nostalgia por las quimeras / y la irrenunciable permanencia de los gozos esenciales”, lo que supone un uso de la computadora a favor o al servicio del hombre, asistimos ahora a una sustitución “corporal” del hombre por el ordenador. Esa erotización de la máquina, “sensual”, que espera ser “acariciad[a]”, es una manera de humanizarla que corre paralela con –y tal vez sea correlativa de– la deshumanización del género humano.

Las utopías perdidas

El crepúsculo de la pasión concierne tanto la exaltación amorosa como el fervor ideológico: no sólo el fuego está apartado, también la espada está puesta lejos. Años después del exultante “Patria Libre: 19 de julio de 1979” o del esperanzador “Los portadores de sueños” (*El Ojo* 145 y 215), entre otros tantos ejemplos de compromiso y de fe en el porvenir, los nuevos poemas revelan otra vez el desencanto. Gioconda Belli ya titulaba un capítulo de su autobiografía, “De cómo los sueños se fueron transformando en pesadillas” (*El país* 380) a semejanza de Sergio Ramírez que en la suya convoca la espantosa imagen de “Las fauces de Saturno” (245). Y en *Mi íntima multitud* ya tomaba distancia con respecto a ese pasado de lucha gloriosa, en “Carlos, ojalá las hormiguitas no te lo cuenten” (52) sobre la Revolución traicionada –poema del que ciertos versos aparecen, en esta nueva selección, dentro de un “potpurri poético”, bajo el subtítulo “Qué suerte la tuya de estar muerto Carlos Fonseca” (98). Pero en aquel libro “bisagra”, la testiga de ese mundo soez quería todavía imitar a Ícaro –“porque quizás / porque tal vez / porque no me resigno”– (33), subir a una cumbre, símbolo de elevación moral, de nobles ambiciones, y volarse hacia el sol, como buscando la luz de la felicidad.

Varios versos de *Fuego soy, apartado y espada puesta lejos* expresan la nostalgia de aquellas andanzas heroicas, de modo anafórico en “Búsqueda del tiempo perdido”: “Añoro el tiempo de la lanza en ristre / [...] / Añoro la nobleza de las ilusiones perdidas” (70) en nuestra época de utopías rotas. La década de los ochenta en Nicaragua ya supuso, para la mayoría de los escritores, un alejamiento de los temas de la Revolución; y Pedro Xavier Solís –al que cita José María Mantero– ha denominado la época iniciada en los años noventa como un período post-utópico caracterizado por “la evaporación de dos mitos: el mito de la Revolución y, consecuentemente, el mito de una quimérica edad de oro al final del tiempo lineal” (s.p.). Abofeteados los sueños más entrañables de la juventud, destrozadas las aspiraciones a la trascendencia, desvanecidas las ilusiones que de todos modos suelen ser tan pasajeras como el ser

humano y cualquier cosa que viva, la poeta incluso reconoce la impotencia de lo que tanto defendió antes:

Es en el desvelo
y las pesadillas
donde yace el misterio
que no resuelvan las revoluciones
ni las utopías
El lado oscuro del alma
es tan cierto como su luminosidad
[...]
Tantos años he querido
interpretar el mundo como un proyecto inacabado
de Paraíso Terrenal.
[...]
La vida me demanda otro rostro
Quitarme la máscara de infancia
Gritar
(85-86).

Es menester hacer el duelo de los sueños –¿de la ingenuidad?– y aceptar la realidad en su totalidad, con sus ambivalencias. Aquí tal vez piense también en todas esas atrocidades de las que el hombre tiene el triste secreto. En efecto, “en la hora más desesperanzada de la humanidad” (93), no faltan denuncias de las “Plagas en el siglo XX”, de lo que pasa en ese mundo absurdo y enfermo con guerras y hambre sin que se comprenda bien por qué. Y ante la indiferencia general que raya con el peor cinismo, parece que, como revelan los últimos versos, hasta la poeta renuncia a encarnar esa suerte de filósofo para el que nada es evidente y que conciencia a sus coetáneos, causando revuelos saludables:

Ya no hay quien ande como Sócrates haciendo preguntas

impertinentes en el mercado.

Quizás ya no valga la pena preguntarse.

Quizás ya no haya respuestas

(104).

En un mundo que ya no siente asco por los horrores que él mismo ha generado, ante la apatía general, ¿qué resonancia pueden conseguir preguntas molestas? Llama la atención el uso de “ya no” que, como un *leitmotiv*, marca, además de una ruptura con el pasado, una regresión, como para alertar de una degeneración de la “humanidad” que va desconectándose de sí misma, puesto que parece incapaz de mirarse de frente, una humanidad autodestruyéndose hasta tal punto que ni siquiera vale la pena preguntar como si ya no tuviese ningún juicio. Una humanidad tan hundida en el caos, en el no sentido, que quizá ya no haya contestaciones. Es un mundo deshumanizado el que nos describe Gioconda Belli, sin preguntas ni respuestas cual si el hombre ya no fuese “pensante” o provisto de esa capacidad de reflexión que lo diferencia del animal y le ha permitido civilizarse –al respecto, pregunta en otro poema: “¿Qué mundo es éste que hemos creado / descalabrado y despalabrado” (105).

Es verdad que “quizás” matiza ese desaliento de la poeta que no afirma de modo tajante, como si quisiese creer todavía que las cosas no son definitivamente irremediables, como si esperase aún que sus preguntas impertinentes tengan un eco, y los problemas planteados soluciones, como un último intento de sacudir las conciencias ya no mediante las palabras apasionadas de la juventud sino con esos interrogantes precisamente desencantados que esperan lograr un efecto afirmando paradójicamente que no lo tendrán, porque así encierran al lector en un dilema moral.

La que quiso convertirse en una arquitecta o una alfarera de su tiempo y soñaba con ser una creadora o transformadora de su sociedad gracias a su poesía de la acción, es una mujer fundamentalmente combativa y –a pesar de la desilusión de los últimos años– optimista, es decir

que no puede sino pensar que de un modo u otro, tiene la posibilidad de contribuir e influir en el mundo que todos construimos, aunque sólo sea un poco; una mujer comprometida con su época y por lo tanto incapaz de permanecer con los brazos cruzados. En esta era del desencanto en la que el escritor ya no cree que va a cambiar el mundo, sin embargo permanece testigo y acusador de su tiempo, que ya es una manera de implicarse. No sorprenderá entonces que, incluso en la desesperanza, un “quizás” relativice la imposibilidad de remediar las cosas, abra una brecha en lo que parece ser un callejón sin salida.

Pese a este ocaso de la pasión, amorosa o revolucionaria, a este desfase entre una Gioconda con preguntas y un mundo descerebrado, pese a esa muerte que acecha, la vida sigue palpitando en lo que parece extinguirse. Lo oscuro no impide la luz, ni lo efímero lo intenso, la fatalidad del no ser no impide escoger ser una misma.

“Arder. Iluminar la oscuridad”: ser una misma

Lo dicho anteriormente no significa que haya que someterse. Rabia, rechazo de la fatalidad del tiempo, o fuerza del no como en la juventud, recuerdan que Gioconda Belli no es de las que se dejan desanimar tan fácilmente. Cabe notar que la apertura del poemario, con una composición no sin razón titulada “El más alto erotismo”, consiste en una sacralización manifiesta del cuerpo-libro: “Lees mi piel ahora / como una Biblia leída y vuelta a releer / que contuviera todas las posibles oraciones / necesarias para la humana salvación” (9). En otras poesías, la poeta supera rencores, quiere resucitar la carne e imagina, en “El retorno” (14), que deseará otra vez al enamorado al que sigue escribiendo poemas de amor. Y sueña con evadir las leyes de la gravedad acariciando un cuerpo, apoyando la cabeza en un pecho como un viaje en sí, “un pecho donde el peso de [su] cabeza / sea el viaje / la aventura/ y basta” (26). Vemos cómo el cuerpo o el amor pueden representar todavía un refugio contra las obligaciones de la vida diaria y ese mundanal ruido que amenazan con alterar a la persona.

Sean lo que sean esos quehaceres y responsabilidades, Gioconda Belli se esfuerza por ser una misma. Ya en *Apogeo*, esa mujer irreductible afirmaba: “Después de juventudes de angustia, / sé quién soy, lo que quiero / y el precio que estoy dispuesta a pagar por conseguirlo” (29). Y aquí, pese a la cotidianeidad, esa “mujer entregada a su familia”, confiesa: “No soy ésa que ellos quisieran que fuera” (33): en esta disconformidad, se revela la integridad, la entereza de Gioconda Belli que es ella misma, tal y como quiere ser. Egoísmo provechoso que la protege de una realidad que la acomete a juzgar por palabras que recuerdan una batalla, como si las exigencias o expectativas del entorno familiar fuesen embestidas: “La mujer entonces se rebela / y se atrinchera en un declarado egoísmo / Así logra sobrevivir” (42). La que se rebela ya no se revela, como pudo decir José Coronel Urtecho en el prólogo de *El Ojo de la Mujer* (15), sino que resguarda esa revelación para ser –o mejor dicho para seguir siendo– lo que quiere ser.

Un “no” iterativo subraya esa rebelión, como ya hemos visto en un ejemplo precedente, pero es el texto titulado “Uno puede negarse” el que condensa esa problemática de la afirmación de sí mismo mediante la negación, añadiendo a un “no” anafórico una firme declaración de existencia del yo poético, en este caso para no dejarse controlar por el propio cuerpo: “Hoy he decidido”; “No puedo permitirles que me controlen”; “Proclamo que es posible negarse a ser cómplice del mecanismo que [...] amenaza con trastocarlo todo”; “Declaro que uno puede negarse”; “No me vencerán”; “No dejaré”; “La mente, clamo, la mente pionera, reguladora, tendrá que mantener su posición en esta guerra contra la mortalidad”; “Así diseñaré mi estrategia” (84). Estos asertos bien muestran la resistencia heroica –y prometeica– de una mujer de temperamento que, hasta el final, quiere elegir, y que se erige contra la muerte, armada con su sola mente, determinada a ganar el máximo de contiendas a falta de poder triunfar definitivamente del tiempo.

Ser una misma para Gioconda Belli no sólo es “enfrentarse con”, es también estar donde el ser se reconoce. Ya en su autobiografía no por casualidad titulada *El país bajo mi piel*, afirmaba como una ecuación la identidad entre el yo y la tierra donde nació, creció y por la que combatió, una confusión, una fusión total, incluso una ósmosis. Gioconda Belli, semejante a un árbol que

necesita su tierra, sólo tiene savia y vigor en suelo nicaragüense. En el país de los rascacielos donde el marido la transplantó (51), es un árbol sin raíces, pero tiene otra vida, en otro espacio, en el que su ser encuentra su armonía: “Es aquí solamente / Donde mi alma habita mi cuerpo” (39). Ser es estar en Nicaragua y viceversa. “Migraciones” confirma ese eco: “El alma quedó atrás / en el pequeño país donde mi nombre / encuentra su resonancia / y soy yo misma, o bien la única vida donde me reconozco” (56).

En Nicaragua, tiene una identidad, porque tiene un pasado y más aún: una historia. “Llegada por avión a Nicaragua” (80), recuerda que en ese país, “una vez” –expresión que recuerda el cuento maravilloso, la leyenda– “se alzó un pueblo como un puño / a tomarse el futuro”. Alaba a esos *nicas* diferentes, dulces, espontáneos, entre otras características de niño que refuerzan la idea de inocencia; patriotas que le reciben a uno con algarabía, es decir con calor y felicidad a pesar de las desgracias: “Es pobre mi país / pero brilla como un cielo caído al descuido sobre la tierra” (83). Nicaragua, no sólo agua-fuego, sino luz, sol, y cielo, término éste sinónimo de paraíso, ¿por la memoria de la utopía que ahí fraguaron?

Otro espacio, más intangible, le ofrece la posibilidad de revelar su esencia: la escritura. Gioconda Belli necesita, si se nos permite la expresión, “estar de escritura” como otros están de viaje. Esa exploración íntima la expresa, la libera. Efectivamente, la escritura puede desvelar la hondura secreta del ser: “el corazón apunta al lápiz, al pape l/ para despegar el ojo cerrado del alma” (113). En esta revelación del yo profundo, de las entrañas, son palabras encarnadas o corporales, carnales, las que formula esa poeta que les atribuye un poder de resurrección del ser del que dimanan: “nada existe de mí que no sean ellas / vividoras feroces de mi plasma. / En mi centro plantan de nuevo el árbol” (28 en “Las palabras”). Palabras completamente identificadas con el yo poético, la persona, el cuerpo, palabras como una necesidad vital, susceptibles de crear un edén interior, y de propiciar la arborescencia, la eflorescencia, la plenitud recobrada, de la poeta.

Esa escritura que favorece la afirmación de sí misma, puede también servir la negación, una forma de rebelión. Nos objetarán que la poeta explica, en “Declaración de oscuridad”: “Debo

inventar un idioma para no decir. No para negar / porque de eso no se trata / sino para ocultar el dolor el quebranto la desilusión” (60), una palabra del silencio en suma, una palabra que esconde, lo que, más allá de la negación de la realidad, es la negación de la palabra. Y es verdad que esta poeta duda del poder de las palabras: “¿Dónde vamos con toda esa poesía a cuestras?” (107) ¿Qué pueden las palabras contra la muerte, contra esos tiempos aberrantes?

Sin embargo, en medio de toda esa gran desilusión, asoman atisbos de esperanza, puesto que, si se cree a la poeta, se puede por lo menos escribir la interrogación, la perplejidad: “aquí escribo / mi desconcierto” (22), que ya es decir algo. Decir, no permanecer silente –porque eso sería morir en vida–, decir para que no venza la incomunicación aunque sea con otras palabras, aunque el grito parezca afónico. Escribir, para sobrevivir. Y ganarle batallas al tiempo, por más efímero que sea el efecto, escribir como una insolencia existencial, para afirmar la propia esencia, el propio ser ante el no ser que nos espera: “¿Para qué la imaginación/ si no para desafiar / las ínfulas del Tiempo” (59 en “Fogonazos”). ¿Poemas profilácticos que presentan la escritura como otra forma de lucha, otra arma para los que no se resignan?

De hecho, esas palabras que preservan a Gioconda Belli pueden reavivar el fuego si consideramos que, además de ser tan luminosas como Nicaragua, vienen implícitamente asociadas con el hogar cuando la poeta se define como: “vestal enamorada nada más / del resplandor que brilla en las palabras” (22). Las vestales, sacerdotisas de la diosa Vesta, se encargaban de mantener encendido el fuego del hogar, con ese calor que bajo cada techo simboliza el lugar mismo de la vida, ese centro de energía como una intimidad caliente. Fuerza es constatar que, por más apartado que esté el fuego en estos nuevos poemas, permanecen destellos y con ellos la esperanza en instantes de plenitud, ésta que “Mitos” (55) parece invitarnos a buscar y realizar, como otra lumbre posible, un poema en el que la primera mujer, Eva:

Viendo chisporrotear la luz

comprendió el sentido de la existencia:

Arder.

Iluminar la oscuridad.

La risa puede encarnar esa luz, como muestra “La muerte sin fin”: “Se levanta nuestro sonriente tronco / haciéndole chacota al pretendido fin. [...] / lo seguimos cantando, / alborotando el día para sacarle victorias a la muerte” (110), o en la misma vena, ese poema con gente que ríe y se olvida de la tapia del cementerio cercano: “ [...] la risa, / como si la muerte no existiera” (90). Frente a la muerte, la alegría ... Y en filigrana, una lección de vida que nos enseña no sólo a aceptar tanto la oscuridad como la luz en esta existencia, sino también y sobre todo a ver la luz a pesar de la oscuridad –y ¿por qué no? crear esa luz viviendo lo más intensamente posible.

Con la madurez, y después de “vivir la cima y el precipicio / [...] y de ilusionarse en vano” (10) como otros tantos nicaragüenses que sacrificaron su vida por la Revolución, no se podían esperar poemas exaltados semejantes a los de la juventud. No obstante, mirándolo bien, *Fuego soy, apartado y espada puesta lejos* no es tanto el libro de la muerte y del desengaño como parece: debajo de las cenizas de otoño aún permanecen rescoldos, como pulsiones de vivir que se niegan a apagarse, y Gioconda Belli sigue siendo una mujer de fuego, a imagen de su país, una mujer que bien hubiese podido titular este poemario “Fuego soy, a pesar de todo”.

Puede acercarse la muerte, habrá habido vida, y esa chispa ya es algo: “Un instante quizás / es suficiente” (79), admitía en *Apogeo* la que prefiere la autenticidad y la intensidad a la cantidad: “Podrá ser corta la vida / mas, sabiendo vivirla, / dura lo necesario” (83). Sobre todo para una mujer inalienable, que sabe lo que quiere y habrá logrado ser la que quiere. Quiero, luego hago, luego soy. Contra la muerte, ser uno mismo.

Bibliografía

- Belli, Gioconda. *El infinito en la palma de la mano*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 2008.
- Belli, Gioconda. *Fuego soy, apartado y espada puesta lejos*. Madrid: Ediciones Visor Libros, 2007. XXVIII Premio Ciudad de Melilla 2006.
- Belli, Gioconda. *Mi íntima multitud*. Madrid: Ediciones Visor Libros, Volumen DXI de la Colección Visor de Poesía, 2003. V Premio Internacional de Poesía “Generación del 27”.
- Belli, Gioconda. *El país bajo mi piel. Memorias de amor y guerra*. Barcelona: Plaza & Janés Editores, 2001.
- Belli, Gioconda. *El Ojo de la Mujer*. Prólogo de José Coronel Urtecho. Madrid: Ediciones Visor Libros, Volumen CCXCI de la Colección Visor de Poesía, 1992 (6ª ed. de 2001).
- Belli, Gioconda. *Apogeo*. Managua: Anamá Ediciones Centroamericanas, 1997.
- Belli, Gioconda. *Amor insurrecto*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1984.
- Belli, Gioconda. Página web oficial: <<http://www.giocondaBelli.com/>> (en español), <<http://www.giocondaBelli.org/>> (en inglés).
- Mantero, José María. *La poesía nicaragüense en el siglo XXI*. Diccionario de *Dariana*. <<http://www.dariana.com/diccionario/novedades-1.htm>>.
- Ramírez, Sergio. *Adiós Muchachos. Memoria de la revolución sandinista*. Madrid, México: El País/Aguilar, 1999.
- Urtecho, Álvaro. “El humanismo erótico de Gioconda Belli”. *Ventana* 104.III (12 de febrero de 1983).
- Zamora, Daisy. *La mujer nicaragüense en la poesía*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1992.